

norteamericana. Contemplan a Granada iluminada, efecto maravilloso intensificado aún más por un magnífico fuego artificial. Edelfelt toca la campana, lo que según la creencia significa fortuna, y el viejo campanero parece percibir por el sonido que, antes de expirar el año, Edelfelt se casará con “una americana muy hermosa y muy rica”, presagio que Edelfelt considerará una fineza para con sus acompañantes.

Entre sus cartas de recomendación, hay una para el señor Contreras, arquitecto restaurador de la Alhambra y padre de una joven que es una maravilla de belleza. Tiene otra carta de recomendación para don Diego de Castillo, amigo íntimo que fue de Fortuny, gran coleccionista y amigo del arte. Este le recibe con gran amabilidad y le lleva a interesantes sitios.

El 20 prepara su salida para Sevilla, pero antes, y a instancias de los huéspedes, hace en la fonda una exposición de las obras que ha pintado en Granada. El Ministro de los Estados Unidos, que está en la fonda con su mujer e hijas, elogia esas pinturas y promete ir a verle en su taller de París al llegar a la capital francesa en mayo, pues desearía que pintase el retrato de su hija mayor, una joven muy bella, coquetona, tísica.

Su último quehacer en Granada es comprar al gitano Mariano, modelo favorito de los pintores, un traje andaluz completo: chaqueta, faja, sombrero y polainas bordadas, porque tales objetos se pueden usar para un cuadro.

Edelfelt siente dejar Granada y la Alhambra. “¡Dios sabe si y cuándo pueda regresar! —escribe a su madre—. Rara vez me he encontrado tan sano, tan alegre, tan absorto por la fantasía, como durante los diez días pasados aquí”.

Da un tierno adiós a Matilde y deja Granada el 21, a las cinco de la mañana.

El viaje es largo y cansado: quince horas en el tren. Describe el paisaje: campos de trigo cercados de hileras de álces, algún que otro cortijo enjalbegado, rodeado de bajas palmeras, los únicos árboles que se ven. Sus ojos nórdicos echan de menos la rica vegetación de los países boreales.

En una estación de ferrocarril suben sus dos amigos Boit y Noël. Su excursión ha sido un fracaso a causa del tiempo malísimo. No han po-

dido pintar en Ronda, tan elogiada por su situación pintoresca. Por eso han dado una vuelta por Málaga para ver bailar malagueñas en su verdadero ambiente.

En Sevilla los tres compañeros se alojan en el Hotel Madrid, donde tienen todas las comodidades deseables.

Después de las maravillas de la Alhambra, les producen alguna decepción el Alcázar y la Casa de Pilatos. A Edelfelt le parece que Carlos V afeó el Alcázar en muchas partes, destrozando su carácter árabe con su sempiterno "Nec plus ultra". La Catedral, en cambio, le entusiasma. Como pintor le interesa, sobre todo, la Fábrica de Tabacos, con sus 6.000 mujeres, y describe este ambiente como lo han hecho otros tantos. Se fija en que todas, jóvenes y viejas, tienen manos muy finas. Presencia bailes andaluces, actuando cierta Lola, considerada como la mejor bailadora de Sevilla, y va en coche por el Paseo de las Delicias para ver el mundo elegante.

Asiste a los toros un domingo. Un guía le ha presentado en el hotel al diestro Antonio Carmona, apodado "El Gordito", con las palabras: "*Vous avez l'honneur de toucher la main du célèbre Antonio Carmona*". Edelfelt le dice, en un castellano, lo mejor posible, que él y sus compañeros habían venido directamente de París "para admirar la fuerza heroica de usted". Antonio le contesta algunas palabras amables, se quita con ademán elegante su sombrero, se inclina profundamente y se va después de haberle permitido que escoja entre sus viejos trajes de luces uno de color negro, cuya adquisición Sargent había encomendado a Edelfelt.

Al día siguiente presencia, por primera vez, una corrida de toros, lo que le impresiona profundamente. "Ningún drama, ninguna ópera, puede captar tanto el interés". Carmona mata tres toros y también pone banderillas sentado en una silla. Hay gran matanza de caballos.

Sevilla le parece un lugar ideal para un pintor de figuras. Sin embargo, no pinta mucho. Empieza un estudio del curso del Paseo de las Delicias, pero lo deja por malogrado.

Con cartas de recomendación de don Diego de Castillo puede ver algunas colecciones de cuadros particulares, como la de José de Goyena,

famosa, sobre todo, por sus Fortunys. Goyena, que habla francés “como un parisiense”, le recibe con suma cortesía, le muestra toda su casa, y allí Edelfelt puede ver cómo vive un patricio sevillano.

El 28 de abril, a las seis de la tarde, los tres amigos dejan Sevilla y van a Córdoba, donde hacen una breve parada para ver la Mezquita. Tanto la ciudad misma como sus alrededores le parecen a Edelfelt una cosa triste, muerta, y está convencido de que se volvería hipocondríaco de tener que vivir allí. Por su aspecto, Córdoba le recuerda una ciudad palestina, tal como las había visto en dibujos e ilustraciones. “Jerusalén y Belén deben de ser así”.

Otra cosa es Toledo, adonde va después y considera lo más pintoresco que se puede contemplar. “Aquí se comprende lo que ha sido antaño la monarquía española”.

Edelfelt goza todos los minutos y empieza a trabajar.

Madrazo le ha dado una carta de recomendación para el único pintor español que vive en la Imperial Ciudad: don Matías Moreno, y este señor será allí su guía.

Don Matías no ha comprendido bien el apellido de Edelfelt en la carta de Madrazo, pero examinándolo más detenidamente comprende que es el de un pintor cuya actividad había seguido con el mayor interés durante los últimos tres años. Le abraza con palabras efusivas para su producción artística, y promete presentarle a un poeta y a un teniente de artillería, ya que ambos tienen reproducciones de su *Conducción del cadáver de un niño*. Le sorprende a Edelfelt ser conocido hasta en Toledo.

Respecto a su labor, dice que pinta mucho, pero que, desgraciadamente, su trabajo no llega sino a bocetos. Intenta empezar un cuadro en el claustro de San Juan de los Reyes y espera poder reunir los estudios necesarios para poder terminar este cuadro en París. Logra posar para él a dos medigos. Pinta además a una chica de 15 años y considera tal estudio lo mejor que lleva consigo de España.

El domingo 1.º de mayo presencia una fiesta religiosa celebrada en la Virgen del Valle. Le fascina la vida multicolor de la gente popular congregada alrededor de la ermita.

Otra vez repite que nunca se ha sentido tan feliz y sano como en este viaje por España y “ahora más que nunca percibo que *anch'io sono pittore*”.

Hace el retrato de una niña de 10 años, hija de una familia burguesa. Sólo le han permitido pintarla a condición que le regale a la familia el estudio. Por eso, tal vez haya hoy día en Toledo alguien que, sin saberlo, posee una pequeña fortuna. Los cuadros de Edelfelt valen ahora un dineral. En la misma casa paraban los cantantes de una compañía de ópera. La contralto vestía a la pequeña, para las poses, con mantilla blanca, flores en el cabello, etc. Edelfelt siente algo haber empezado este trabajo, considerándolo pérdida de tiempo, pero la pequeña Marcelina —Marcelina Mateos y Campos— es un tipo tan castizo, de ademanes tan graciosos y de tanta vida en sus ojos negros, que le inspira mucho al pintor.

En San Juan de los Reyes tiene como modelos dos mendigos de 75 y 80 años, el uno ciego y el otro mudo; y posan para él de 8 a 12. También ha contratado a un hombre para que le lleve sus bártulos, negocie con los modelos y ahuyente a los curiosos. Este individuo le sirve muy bien por 8 pesetas al día y además pregona la fama del pintor para cuantos quieran escucharle.

Pocos días después de permanecer en Toledo, debido a la muerte de un tío de Noël, sus dos amigos le dejan yendo directamente a París.

Edelfelt le manifiesta a don Matías Moreno su deseo de escuchar canciones populares, y éste le lleva a casa de un carpintero quien, como también sus tres hijos, es virtuoso en la guitarra. Tiene además una hija que es un tipo castizo de española. La joven se llama Petra y le recuerda a Edelfelt la *Maja* de Goya que ha visto en la Academia de San Fernando. Sentados todos alrededor de una lámpara de aceite parpadeante, empieza la música, casi siempre en modo menor. Petra canta peteneras y un jaleo. El recuerdo de esta noche le queda a Edelfelt en la memoria como el de un libro antiquísimo o como si hubiera estado en la venta de Don Quijote. Parten a las doce de la noche. La bella Petra los acompaña a la puerta con la lámpara, y al alejarse ambos por las calles oscuras oyen su “Vaya con Dios”. “Era Sarah Bernard en Hernani —dice Edelfelt—, pero más

auténtica, con mucho más carácter, porque no había bastidores artificiales, sino los altos muros amarillo-grises de Toledo, y la escena no estaba alumbrada por el gas, sino por la luna y miles de estrellas". Moreno le lleva por calles tortuosas, lóbregas, que le parecen hechas para decoraciones de algún drama antiguo de duelos y asesinatos.

En el hotel se sienta a cenar al lado de un matrimonio belga. Al saber que es finlandés, la señora le dice: "*Alors vous connaissez probablement ce peintre que nous aimons tant, Edelfelt?*" Después de una introducción así, le divierte mucho poder contestar: "*Oui Madame, je le connais un peu, pour peu que l'on se connaisse soi-même*". Terminada la comida, les muestra sus estudios.

Ha podido terminar su estudio del claustro de San Juan de los Reyes. Moreno no encuentra palabras bastante elogiosas para expresar su admiración. Le declara "un gran colorista".

También está terminado el retrato de la pequeña Marcelina. Hubiera querido tenerla para siempre como modelo. Al mirar ella el estudio, dice con mucha circunspección: "Está bien; está divinamente bien".

Se aproxima a su fin la estancia de Edelfelt en Toledo. Vive sin saber nada de París ni del Salón, y vive feliz. Porque "¿qué significa tanto mamarracho comparado con lo que se ve y se sueña? Los mejores cuadros se pintan en la fantasía y las mejores poesías se quedan sin escribir".

La última noche, en compañía de Moreno y su amigo Olaverría, teniente de artillería y profesor de la Escuela Militar, visita un humilde café lleno de campesinos y vagabundos, donde se cantan canciones populares. En esta tertulia hay, por casualidad, dos alumnos de la Academia de Música de Madrid, los mejores guitarristas que Edelfelt ha escuchado en España: un último y agradable recuerdo de Toledo.

El 6 de mayo otra vez en Madrid. Aquí le esperan cartas de París. Ha tenido mucho éxito en el Salón y su comisario, Berndtson, ha recibido varias ofertas por parte de los compradores.

Va a ver a Madrazo para saludarle de parte de sus amigos de provincias: de Castillo, Goyena, Moreno y Olaverría. Aquel se proponía ir a la inauguración del Salón de primavera e invita a Edelfelt a acompañarle.

Hay en este Salón —según Edelfelt— muchos cuadros buenos, pero también muchísimos malos “¡Cuán inferior es *la España pintada* a la España real y visible!”

Por lo demás, esta última estancia en Madrid se llena de nuevas visitas al Museo del Prado, una corrida de toros y una excursión al Escorial. La mansión dura, fría y triste de Felipe II, no le gusta del todo, si se exceptuaban los excelentes cuadros de la sacristía.

Su entusiasmo por el Museo del Prado aumenta sin cesar. Este será el mejor recuerdo de España, lo que más echará de menos al dejar el país. “Cada vez me admira más la suerte que ha juntado aquí, en un solo sitio, tanta obra maestra del arte universal. De ser sincero, debemos admitir que los cuadros viejos, y sobre todo los de segunda categoría, son feos y completamente insípidos para nosotros los modernos. La época y la manera de ver eran otras cuando se crearon, y además la suciedad de siglos ha penetrado en la superficie, el barniz ha amarilleado y los colores han oscurecido. Sin embargo, esta impresión desagradable no la experimenta uno en el Museo del Prado. Nunca me he sentido tan íntimo con los pintores como aquí. En vez de hablar con ellos en frases bellas y estéticas, me hubiera gustado conversar con ellos sobre la forma y el color, decirles cuán bien les comprendo, y hasta me hubiera gustado, sí, invitarlos a una comida o a una copa de manzanilla. Nunca me ha gustado Tiziano como aquí. Tampoco he visto nunca cuadros tan buenos de Van Dyck. Hay una sala que lleva el nombre de la Reina Isabel y donde están reunidos Rafael, Velázquez, Murillo, Tiziano, Van Dyck, Tintoretto Holbein y Durero. ¡Pensar que todas estas telas son obras maestras, obras maestras de veras! El Museo del Prado tiene una cosa sumamente simpática: Se siente uno aquí pintor —aunque pequeño, por cierto— entre pintores, y tiene uno la misma sensación que al visitar el taller de un amigo y estar examinando sus esbozos y estudios. Como ya he dicho, antes nunca había tenido esta sensación de intimidad con los antiguos. Tal vez sea porque al frente de ellos está Velázquez, el más moderno de los antiguos y quien más miró como miramos nosotros”.

Su último elogio en esta relación es para las madrileñas:

“Para jardines, Granada;
para mujeres, Madrid”.

Son pequeñas de estatura, ágiles, siempre de bonito cabello, de bello cutis, de hermosos ojos y de blanquísimos dientes. También le parece una mentira que se marchiten tan temprano, porque vio a muchas señoras paseándose con sus hijas ya maduritas, y las madres tenían muy bien ver y llevaban sus años admirablemente.

El 13 de mayo es su último día en Madrid. Por la mañana visita el taller de Madrazo para dar los últimos toques a un cuadro, recuerdo de un mercado de flores. Madrazo tiene de modelo una joven sevillana. Durante los descansos canta y toca la guitarra. Y con el eco de estas canciones, que tanto le impresionan toma un coche para el Museo del Prado, pues quiere dar un adiós a Velázquez, Tiziano y Goya.

A las cinco de la tarde sale para París. Una vez aquí, Edelfelt echa una ojeada retrospectiva a su viaje por España. Al dejar la frontera franco-española, ya en Burdeos todo le pareció gris, a pesar del tiempo hermoso. Echaba de menos el cielo azul, la luz fuerte, el dibujo del paisaje. Los hombres le parecían horriblemente *bourgeois*; las mujeres, sosas. En París, todo le da cierta impresión de viejo y conocido, con un dejo de trivialidad. “¡Ay, España y las cinco semanas pasadas allí! ¡Es algo brillante y magnífico que ahora busco en vano!”. Le extraña que, en París, hagan un arte con temas de boleros y peteneras, sin interesarse por tal y tal calle de Toledo o de Granada. Le parece que todos —como él— debían permanecer extáticos ante Andalucía y Castilla. Aún no ha podido ponerse a tono con París y rara vez se ha sentido allí tan *dépaysé*. El bulvar con ruido, los periódicos con sus altercados, los hombres con su apresuramiento comercial, todo le irrita.

Hay más diferencia entre España y Francia que entre Francia y Finlandia, y nunca había pensado que los “tonos finos” de París, que antes había admirado tanto, le parecerían tan grises y flojos.

“El viaje por España me ha enseñado mucho, y sólo necesito recordar unas cuantas telas de la galería de Madrid para admitir, humildemente, que todo lo que he hecho hasta ahora no es sino mediocre, y pedir a Dios que me dé fuerza, laboriosidad y lo que más me falta: perseverancia”.

Había proyectado visitar con sus dos amigos Avila, Salamanca y Burgos. Estorbó este proyecto la muerte del tío de Noël. Admite que es casi un crimen no haber visitado estas ciudades, pero le repelía detenerse solo en un hotel y hacerse conducir por un guía imbécil. Por eso se fue directamente a París.

Muchas veces durante el viaje había hablado de un retorno. Deseaba pasar otros tres meses en España pintando, yendo por Barcelona y Málaga a Tánger, y regresando por Granada, Madrid, Burgos. No fue así. Edelfelt jamás volvió a pisar el suelo español.

BIBLIOGRAFIA

Av Albert Edelfelts brev. Resor och Intryk. (De las cartas de Albert Edelfelt. Viajes e Impresiones.) Holger Schildt. Helsingfors, 1921.

Edelfelt-Album. Bilder från Finska Konstföreningens Edelfelt-Utställning, 1910. Jämte Katalog (Album-Edelfelt. Cuadros de la Exposición Edelfelt de la Asociación de Bellas Artes de Finlandia). Helsingfors, 1910. Finska Konstföreningens Forlag.